

# REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NTRA. SRA. DEL ROSARIO

La responsabilidad de los ar-  
tículos pertenece al autor.

Tarifa reducida en el servicio  
postal interior. Lic. N.º 118.

RECTOR: D. D. J. V. CASTRO SILVA

REDACCION: EDUARDO CARRANZA - ADMINISTRACION: A. DELGADO PLAZA

Volumen XXXV — Bogotá, Octubre y Noviembre de 1940. — Nos. 345 y 346

## Discurso de clausura

Este claustro del Rosario y los grandes colombianos que le han regido y expresado a lo largo de nuestra historia, dominan con su influjo todo mi sér. El prestigio de la noble casa colmaba ya mi fantasía de niño. Imaginábala monumental y penumbrosa, y veíala poblada de gente que fuera ilustre por la sangre vertida, por el saber o por la antigüedad del nombre. Acaso abuelos míos la habían decorado con sus servicios y sus ascéticas figuras. Vine a continuar la tradición, acongojado por esa extraña angustia que causa en nosotros el prestigio. Aún sufro la impresión que me penetraba cuando, al atravesar el amplio portalón, vi desvanecerse el mundo exterior; porque lengua de siglos y abismal, es la distancia que va del tumulto urbano a este recogimiento de intimidad. Quien aquí se adentra, verdaderamente ha de trocar su alma por esta otra, enorme y anónima, que flota en cada cosa, que incurva el espacio trasformándole en un mundo de nuevas dimensiones. Para hacerse a este hogar es necesario transmutar la existencia; vivir aquí es trocar el alma que traemos de fuera, como que sólo al precio de tales muertes sucesivas y parciales se adviene al espíritu. Claro está que por instinto rechazaba yo la tremenda exigencia, excesiva para un mozo que ignoraba todos los valores, incluso el de ser joven. Todo me oprimía, me



sacrificaba, me anulaba. Si no retrocedí fue porque me detuvo la presencia fascinante de Rafael María Carrasquilla.

Bien recordáis la figura lenta y grave de monseñor. Parecía un montañés navarro, un hidalgo de la libre Vizcaya. Tenía la voz honda y el ademán y el gesto penumbrosos, como si en él hubiese encarnado la nave de un templo. Era muy hombre de Iglesia, de aquella de la Alta Edad Media, ya tranquila en su imperio soberano y universal, dominadora del mundo y que emanaba un aura de absoluto.

Dábame su figura temor, y, aunque benévolo, me inquietaba y oprimía su presencia. Yo sentía ante él que me sobraban los movimientos. Al andar, diríase que ponía en actividad el séquito de próceres que le dieron la sangre y legitimaron su grandeza. ¡Y cuán seguro estaba de dominar y de imponerse! No necesitaba dar órdenes, porque uno le intuía el mandato y le anticipaba la obediencia. Maravillosa condición la de esos hombres que actúan inmóviles, esa acción a distancia del carácter, ese influjo mágico de la personalidad auténtica!

Cuánta fuera la ciencia de monseñor, cuál su haber en disciplinas del espíritu, nunca pude saberlo ni medirlo. Pero al evocar su recuerdo he comprendido muchas cosas. Por ejemplo, que la sabiduría no consiste en el entendimiento sino en el sér; que la inteligencia es un modo de la voluntad; que las ideas son formas del instinto. Era el prelado muy abundante y muy famoso en letras; así lo decían las gentes. Pero yo atestiguo que además en él, el saber era ademán, que su mayor ciencia era su presencia. Por eso era tan grande como maestro. Porque no se enseña con palabras ni razones ni por pruebas de argumentos: sino pura y simplemente por contagio con un alma superior. Experimenté y supe por monseñor que el saber y el educar son actos de simpatía.

Por varios años, en no pocas ocasiones me honró con permitirme discurrir a su vera. Paseaba infatigable por estos corredores de exquisita anchura, tan propicios a la meditación y al buen hablar. Entonces mi alma entera entraba en armonía con la suya, al modo de un barco mecido por la pujante marea. Se oía el fluir marino del tiempo en sus pa-

labras, en sus pasos, en su silencio. Yo, en verdad, nunca supe a cabalidad qué decía ni de qué trataba ni cuándo callaba. Tal vez exponía principios de doctrina, o memorias de sucesos memorables, o me daba consejos paternos. No recuerdo sino que el aire se hacía grave de sombras y de tonos severos como pintura veneciana, *que* el espacio se cargaba de perspectivas, de trasfondos, de planos “siempre en más allá”, en una inagotable lejanía; y *que* los muros lentamente se animaban y cobraban vida y semblante; *que* estos pilares de las arquerías se hundían en la tierra como buscando un fundamento eterno; *que* todo se trocaba en símbolo, se hacía significativo y se penetraba de una conciencia más que humana.

Y es que hay almas humanas que no son las de hombres singulares. *Hay* almas difusas, que se disuelven en el espacio, que penetran las cosas con un fluído sutilísimo, que están en todas ellas y en cada sitio y parte de los monumentos o de los ámbitos famosos. Así, antiguamente los dioses habitaban bosques, y fuentes, y cimas de montañas; *así* han sido en el mundo los lugares sagrados en que se erigen los santuarios; *así* son todas las fábricas insignes que el hombre por un instinto trascendental venera y teme. Y *así* es este claustro venerable y famoso: espacio viviente, materia animada, conciencia hecha piedra, que acepta la inmovilidad para ser más perdurable que la breve y frágil duración de un hombre. Esa existencia, esa alma anónima que en este recinto respiramos, se encarnaba y transfundía en el cuerpo del prelado, por virtud de la mágica armonía de la sangre, de su sangre de patricios, de la savia fecunda del colegio, de la savia de la patria, que, ¡oh divino misterio! eran una sola y tres distintas.

Ahora, al evocar aquel recuerdo, comprendo la sensación extraña que me oprimía hasta anonadarme; y por qué no veía ni oía de él sino la tremenda presencia y el fluir del tiempo. Bien dicen los sabios cuando enseñan que el tiempo es la sustancia de la vida humana; que nosotros no somos seres en el tiempo sino el tiempo mismo hecho sér. Por eso en la pulsación y en la perpetua fluencia de la sangre, en el milagro de la herencia atávica y de las generaciones



que se enlazan, han visto los maestros la forma y esencia del vivir, y la razón y la prueba decisivas de que la carne humana es pura duración concrecionada. La sangre del hombre es tiempo que fluye, y su cuerpo es duración que se hace materia y resistencia. El tiempo tiene una forma y esa forma es la figura del hombre.

Junto a aquél que me permitió la gran revelación yo pensaba: la vida es recuerdo y esperanza, experiencia lograda e impulso de superación. Mas ¿cuál es el modo del tiempo verdaderamente real? ¿El que emanaba mi juventud en tensión de arco, lanzada hacia un futuro promisor, intencionada a lo incógnito y a lo aún no experimentado ni creado? ¿o era el que irradiaba la figura del prócer, toda ella hecha de antigüedad, memoria y madurez? La respuesta era única y exacta: puesto que nada era yo frente al hombre de vida meritoria, de ciencia incorporada y nombre célebre, nada tampoco es el porvenir frente al pasado. ¿Qué valía mi porvenir hecho de mera posibilidad, tejido en frágiles hilos de incertidumbre, junto a ese pasado efectivo y tan evidente que se me imponía como un mandato y como un axioma? Toda la impulsión y todo el movimiento de mi vida tendían a llegar a la cumbre vital en que el maestro era y permanecía. Yo iba hacia él, y esa precedencia suya se manifestaba en su mayor altitud, en el prestigio y la autoridad de su persona sobre mi persona. Y pues todos los bienes que él había, y toda la grandeza y su vigor consistían en la suma de un pretérito, pensé que el pasado es la propia meta a que se enderezan los esfuerzos humanos. Llegar a ser pasado, preterirse; hé ahí lo sumo de la aspiración vital. *Ir hacia el pasado* me parecía *ir hacia adelante*. Y ciertamente, llegar a ser es lo que quiere y busca el impulso de vivir. El sér es real en lo que tiene de pasado.

Escuchad por otro momento esta exégesis del Alma del Maestro.

¿Quién dijo que el pasado es lo muerto? ¿Quién se equivocó tanto al afirmar tan lamentable juicio? Porque allí en lo que fue está el centro de convergencia de las fuerzas creadoras de la vida. El pasado es el órgano matriz del tiempo, y de él parten y a él vuelven los días como las aves mi-

gratorias a sus lares. Allí, en el pasado, habitan las “Madres”, aquellos poderes imponderables que urden los destinos humanos, en cuyos senos profundos germinan todas las formas, y en cuyos abismos se acendran todas las esencias. Mirad cómo todos los actos auténticos de la vida aspiran a ser pasados. Del hombre sólo se codicia y vale lo que es eterno. Una insaciable hambre y sed de eternidad guía los actos humanos superiores. ¿Qué quiere el hombre sino perdurar, sino ser duración y antigüedad? ¿Pues, por qué exploremos la naturaleza e inquirimos sobre los mundos ideales sino para arrancarles el secreto de lo que ha sido, de lo que siempre fue? En las revoluciones y leyes siderales, en las armonías numéricas, en las perfectas formas geométricas; en las normas de lo justo, en los cánones de lo bello, en la identidad de lo necesario, el espíritu del hombre cree hallar la fuente de la vida, el surtidor del tiempo. El arte, la lógica, la matemática, son como los recipientes de la duración en que el hombre vierte y acumula la esencia preciosísima del pasado. Todo género de monumentos, de baluartes, de límites, erigimos para no dejar escapar ni una porciúncula de duración. Ahí están las pirámides ejemplarizando la patética ansia de perduración que llevamos clavada en nuestra esencia. Y porque cuanto más antigua una cosa sea, tanto más contiene de pasado, ponemos todo conato en poseer aquello que los siglos ilustraron. Gloria y nombre de larga historia; antepasados de generosos hechos; sabiduría experimentada largamente; cosas que memoran y atestiguan el paso de generaciones numerosas: cuanto, pues, cifre y exprese tiempo, tal es lo que más subidamente el hombre estima y apetece. Lo efímero, momentáneo o forastero se cuenta por inválido. Gran preocupación del maestro era extraer de las seculares constituciones del Claustro cuanto se adaptase a la organización republicana, sin contrariar el sentido histórico de la sangre, que de no, parece miserablemente. Las normas jurídicas que no expresen instintos, que no se conformen a la índole y costumbres ancestrales del pueblo, son inoperantes.

Todas las cosas grandes son recuerdos. Hasta que los hechos no adquieren lejanía y penumbra de pasado, no tie-



nen grandeza. Y es que el pasado y sólo él, posee el factor decisivo de la realidad, el elemento sumo de la vida: *la forma*. A medida que se hunden en el ayer los actos y las cosas, van tomando figura, van acercándose a la realidad. Camino de perfección siguen los árboles que crecen, los vinos que se ascenderán, los frutos que maduran, los sabios que encanecen, las sociedades que se historifican. Las altas culturas, que es decir las altas formas, no florecen sino en los pueblos de larga y añeja existencia. Y al contrario, las razas sin tiempo, los pueblos sin ayer son informes y están vírgenes de idea.

¿Ni cómo podrían tener forma esas masas amnésicas, esos pueblos sin herencia, que viven al día, en continuo presente? Porque, aquél que vive de momento sólo puede vivir un momento. Y como excluye la continuidad, de forma carece, pues lo amorfo es la expresión misma de lo discontinuo. De esta suerte, se hace estéril para la vida del espíritu: para el arte y para la moral, para el derecho y para la economía, para la ciencia y para la política. Cuánto más para aquellas funciones y modos de conciencia que, como la religión, tienen por objeto lo eterno. Sí. Lo pasado es la sustancia y condición de toda auténtica cultura. Porque la cultura es la obra del tiempo, es la forma del pasado, es la duración hecha visible.

Ciertamente, la cultura no sólo es hija de la experiencia sino de la piedad y respeto profundo por los antecesores. La ciencia supone un culto por los padres, la reverencia y el agradecimiento de su obra. ¡Grande fue la Roma que hacía sacrificios a los manes de los antepasados! ¡Qué poderosa en su fidelidad a las tradiciones patricias! Es que el espíritu es nada sin el alma. Y el alma es lo que la sangre plasma, lo que los padres preforman. Condición y razón de cultura de alto estilo es la patria. La ciencia, el pensamiento, el arte son meramente la flor de una gesta heroica. Por eso, ningún pueblo sin tradición puede crear, nada hizo nunca, nada supo.

Hay un enlace funcional indisoluble entre cultura y tradición, y tradición y patria. Las grandes culturas que han ilustrado el mundo, son flor de antigüedad, cifra y síntesis

del pasado histórico de un pueblo. Un inmenso séquito de héroes, que se hunden en la lejanía, precede a los sabios, a los artistas, a los políticos auténticos, que dan término, figura y acabamiento a la gesta de los esforzados y de los sufridos. Porque la sustancia de la ciencia y del arte superiores, de la economía y de la política de gran estilo es el sufrimiento. La cultura de la Iglesia, como la Basílica de San Pedro, está edificada sobre los sepulcros de hombres de humilde condición que atestiguaron con su sangre la excelencia de su fe. Antecedan los mártires y ascetas a los maestros y filósofos, que dieron fundamento de razón a lo que los humildes afirmaron. De los gemidos de los míseros brotó la elocuencia de Juan Crisóstomo; de la afirmación heroica del torturado arrancaron las doctrinas de San Agustín y del de Aquino. ¿La Iglesia, no enseña por ventura, que la sangre y pasión de Cristo fundamentan su obra espiritual? Cannas fue la propia cuna del imperio romano; Pelayo anuncia a don Quijote; Pativilca a cinco repúblicas. Y ello así ocurre, no porque el dolor sea de suyo valioso y deseable, sino porque las cosas que viven sólo se multiplican desgarrándose.

La veneración y el orgullo de las naciones, de los linajes, de las personas, exaltan primeramente los hechos del ánimo sufrido, las empresas que costaron angustia y pesadumbre. He aquí por cual razón este Instituto creado para la sabiduría, hace de sus muros testigos de tanta tragedia como vieron, cátedras de ciencia y magistrales tribunales de pensamiento. Y por qué de la dolida suerte de los patricios que aquí se despidieron de la vida, levanta el orgullo de su ilustración, incomparable entre nosotros. Aquí mora la patria, aquí, en este golfo del tiempo, aquí en esta urna del heroísmo prócer, y con ello el saber y la verdad íntegros de que es capaz el alma colombiana.

¿Qué buscaban los fundadores de la patria con su muerte, su valor y su renunciamiento de todo lo que habían? ¿Nombre? El suyo era ya ilustre y le iban a perder infamados. ¿Riqueza e influjo? Pero si eran despojados de la herencia y poder que sus abuelos los conquistadores les legaran. Un primate como el arzobispo-rector Caycedo y Fló-



rez, era prócer en sangre, bienes y poder, autócrata de la sociedad virreina. Y, amando su familia la sacrificó; arruinó su casa, próspera entre las mayores; y, sin obligarle amor terreno, se desveló en servicios de sufrida largueza. ¿Por qué?

Por qué había de ser sino porque la sangre es espíritu, y el espíritu es la forma de la libertad. Porque no es posible ser grande ni antiguo ni próspero sin ser libre. Porque la estirpe es ruin, si tolera opresión injusta; porque el orgullo y el nombre están vedados al esclavo; porque toda riqueza es miserable, si cuesta servidumbre. Ni se es hijo ni padre entre gentes sometidas a yugo, ni se nace en patria si la tierra de los mayores está reducida a obediencia de poderes extranjeros. Porque todo valor es precario y aparente si no sustenta un alma libre. Porque allí están cegadas las fuentes del tiempo donde no fluye una vida desatada de lazos tiránicos. Porque quien no es libre carece de calidad humana.

Sin la libertad, la ciencia es imposible, aunque la prediquen doctores y la contengan eruditos. ¿Pues, quién, bajo prisiones consentidas, pudo entender nunca la naturaleza? No es la sabiduría negocio ni función de serviles. ¿Por qué, qué sabrá nunca de la vida quien la niega con afrenta, quien existe por merced, quien quiere por mandato? No se conocerá sabiduría en pueblos sujetos a tiranos. ¿Qué fue el "milagro griego", aquella Hélade enflorada de genios, sino el producto de la libertad que aquella raza perinclita descubrió, acaso por primera vez en el mundo? Grecia, por libre, fue la inventora de las ciencias políticas, de la razón especulativa y del pensamiento lógico.

Sabed, vosotros, alumnos del Rosario, que quitar la libertad es despojar al hombre de todas sus potencias esenciales; que es matarle el espíritu y arrojarle en manos de la naturaleza bruta. Que sin ella no pueden existir las patrias, las culturas, las sociedades; y cesa el derecho, se agosta la imaginación creadora, cae fallida la justicia. Sin esa sal de la vida todo se corrompe y se amarga, hasta la belleza se hace ingrata y hasta las pasiones se vuelven indolentes. Sabían nuestros proceres y mártires que la historia es el proceso de la liberación humana por el espíritu, de la espiritualización del hombre por la libertad. Ese principio

corresponde a la integridad del alma de las Constituciones del Colegio Mayor. Y así tiene de famoso y de histórico lo que ha hecho por la libertad colombiana. Esta es casa de hombres libres y órgano de las libertades públicas. Siempre propugnó el derecho y la justicia en función de la nobleza calificada de la sangre y de la generosidad y altivez del pensamiento.

La posición mental del Claustro enseña, con prueba de sacrificios y duración de siglos, que el derecho es obra de los caracteres antes que de los entendimientos; que lo jurídico es un modo del sér; que es más que una "razón escrita", una experiencia de la sangre; que no son las inteligencias discursivas sino las voluntades heroicas las que dictan las normas perdurables. Aquí se estableció la doctrina de que el sentido, la forma y la esencia de lo jurídico no son obra del Estado sino de la patria. Y pues se entendió por patria el acervo de los actos libres y la memoria de la lucha por la libertad, afirmóse con carácter de axioma este principio: que el derecho es el sistema de las libertades, que el orden jurídico no es más que la libertad estructurada. Con lo que quedó excluido por inválido todo mandamiento que afrente la libertad humana. Al hacer de la patria el propio órgano creador del derecho, y de la herencia vital el verdadero vínculo jurídico, dio a la persona calidad tan alta que nada pueden contra ella las vicisitudes del azar político, ni la prepotencia del Estado, ni las concepciones del mundo extrañas a la forma y esencia de la república que fundaron nuestros antepasados.

¿Verdad, monseñor, que es de aprobación esa mirada de eternidad?

Quiso la fortuna, fausta o infausta, hacernos contemporáneos de sucesos gigantes que seguramente trasformarán las relaciones humanas. El mundo toma un modo de existencia tan radicalmente distinto de cuanto hasta hoy ha sido y se ha cumplido, que la capacidad de nuestras inteligencias no alcanza a adivinar siquiera el contorno de ese orden que amanace en la historia. Estamos, señores, abocados a un proceso vital tan distinto, que para seguirlo hemos de su-



frir trance de muerte, dolor de nacimiento. Las nuevas generaciones se muestran ya inaccesibles a nuestras categorías espirituales. Tan intenso y rápido es el tiempo, que de padres a hijos se insinúan ya distancias seculares. Los brazos de las muchedumbres se alzan en gesto de despedida. Ciencia, política, derecho, moral, amanecen cada día con distinto semblante. Esta hora meridiana del mundo divide en dos el tiempo histórico. ¡Espléndido dón que nos hace el Destino al ofrecernos todo el panorama de la Historia en espectáculo!

Pero también la hora, al dividirnos, nos duplica. Nunca fue más rica y plena la existencia que lo es en este momento de su culminación y tránsito a formas inquietantes; ni más valiosa la acción, ni el pasado histórico cobró tanta dignidad y tanto imperio sobre el alma como ahora en que bruscamente descubre la sangre sus potencias y se erige en suma categoría de lo real y lo significativo. Porque la gravedad de los hechos por venir es tan poderosa que su acción hace aflorar íntegra la carga del pasado memorable; y así, en magnífica contradicción, exige la lógica de la vida, como sustancia de las nuevas formas, los viejos contenidos. Por eso, quien más posea hoy el sentimiento de lo pasado, más lejos verá lo venturo. Hoy, recordar profundamente es calcular en grande escala. Por maravilla, hoy la mayor hazaña revolucionaria consiste en el renacimiento de la patria, tal como, en los días de la emancipación, sólo fue auténtico revolucionario el gran patriota. La tea del rebelde es hoy la lámpara votiva ardiendo en el altar de los antepasados. Así que, cuando por mano de su cronista mayor evoca el Claustro la gloria de los días pretéritos, hace algo más que aventar cenizas del olvido: desata el fuego en que ha de consumirse, si quiere perdurar, la gente republicana de Colombia.

Mas, la vida se adelanta a sí misma creando lo que ha de pedir luégo. Hay algo de profético en todo lo que nace para ser históricamente perdurable. Fue anticipación de los grandes días que vive el mundo y que a nosotros se acercan ya como nubes alciónicas, el lema del Claustro: *Nova et vetera*. Siempre antiguo y siempre nuevo. Y, así, cuando el instinto providente, hace pocos años fio el destino de esta Casa

de Sabiduría al hombre que en símbolo y verdad es su conciencia, anticipó la respuesta al enorme problema que la crisis de la cultura occidental plantea a quienes forjan la cultura. Porque *hoy*, que para nosotros la libertad se descubre en exigencia de eternidad; *hoy*, en que se conjugan en supremo acorde el humano arbitrio y el patrio pasado; *hoy*, que el amor y la lealtad a la república revisten carácter sagrado; en que el pensamiento más alto es una forma de la fe más profunda, es lección y advertencia de los tiempos la personalidad cimera de monseñor Castro Silva.

Pues, ¿quién sino aquél de voluntad viril y carácter exacto, de ánima religiosa asistida por un espíritu de probada valentía en los riesgos del pensar azañoso y temerario — sería poderoso a sujetar a la tradición secular de la república, que aquí en este Claustro se asila y acendra— los hechos insólitos que están para cumplirse? Sólo el hombre de pensar profundo, cuya mente, arraigando en doctrinas innobles, nutre una sensibilidad exquisita, ministradora de belleza y dominadora del idioma, y cuya inteligencia, madurada en sabiduría, se abre en juventud como en luz las copas de los árboles pujantes; sólo, digo, la personalidad de un artista filósofo puede vincular generaciones enfrentadas, puede verter la antigua edad en la edad nueva, crismar de nuestra sangre libre la heroica figura del mañana.

*Nova et vetera, sí.* Y quede para nosotros, inmodificada y clavada en la conciencia vigilante, la voz de sugestivo aliento que nos está dando el Destino con la presencia del hombre capital de Colombia, Patrono del Colegio e hijo suyo el más eminente. El Colegial Presidente de la República, aquí y ahora, simboliza y anuncia toda la seguridad de que la democracia se salve y aun se acrezca en este universal colapso de patrias, libertades y memorias amadas.

Bogotá, octubre 28 de 1940.

**ANTONIO ROCHA**

Colegial y Catedrático del Colegio  
Mayor.